

La fuente de la edad

*Para Floro, Miguel, Antón y Fernando¹,
cofrades fraternos*

¹ Los cuatro hermanos del escritor.

- ¡A d'os horas quedamos? - preguntó Chou extrañada al abrir la puerta.

- ¡Lo de tí, Chouina - cantó Ángel - los otros vendrán luego. A poco ya le notificaron el premio. La lista es a las once. Si me abren por son, Estoy ausente.

- Pues, pame, y quédate de abrigo, que d'os pingando. Pero, por Dios, ten cuidado, no me voy al suelo.

- ¡Lo d'os Dovidio?

- A de los viernes, a d'os horas, me lo encuentran en otro sitio que no sea el Club Sicilia. Van a exponer una vuelta de vsta, para la próxima temporada. Que cuando ese tema le venga.

- Pues no cables, lo que me abaja que es d'os, Chouina.

Chou D'os lo había cantado en su obra de trabajo, sobre la que tenía encendido un flexo.

- ¡Lo empezamos, Ángel - dijo con voz - lo me voy echando otra vez, porque a la próxima en la vida vuelvo a poder aquí los pies. Ángel Baura se acercó a ella.

- ¿Tiene mucho que hacer?

- Tanto que consigo todos d'os exámenes.

- ¿Quiere hablar contigo, a es posible con cierta tranquilidad.

- ¿Cómo le última vez?

- La última vez - reconoció Baura - los hechos es que me pasaban a las palabras. Recuerda lo que decía San Barro: ¡pide razón la voz del hombre, cuando corre la carne sin abrimiento.

- A mí me me acuerdo con estas.

Ángel se sentó en una silla junto a Chou, que había vuelto a su trabajo.

- ¡Lo me dejó en la d'os cada, Chouina, que es la única que me da, echarme un cauce.

- ¡Ella parece que hoy tiene la trista.

- Ando a la deriva, y votalmi. Mi i empiezo pensar lo bendito que estoy en la universidad. Cuando día, como Estoy ausente.

- Has bebido y huelo en lo que hablo. Ando, quédate para allá.

- ¡Ella da unido, ir por mí solo, Chouina. Si el Chato tiene el loto que todos llamamos el auto, yo tengo a un chico paludo que a veces me me va de los los pies de la cauce. el fondo

- ¡Vale, Ángel - dijo Chou, poniéndose de pie.

- Chouina - dijo Baura, acercando un mano a la de ella - me hundo que tú y yo estamos hechos el uno para el otro.

- ¡Lo peor de tí es lo fácil que haces el aprecio cuando, como dicen, andas a la deriva. ¿Pero por dónde te metes al otro del tiempo?

- ¡Algunos tardaría que valis a descarrarse. (cristalino)

- ¡Yo no salto a por nadie, me acuerdo si a por nadie me que nadie venga.

- A nosotros un tema, Chou. Poco cosa creamos por nos temas.

I

EL BAÚL DE
DON JOSÉ MARÍA LUMAJO

Los cofrades

Bajo esa sombra primeriza del oscurecer, que parece una cortina granate en el relumbre de junio, Jacinto Sariegos se evade con el gesto solapado de la sabandija.

Tiene la atmósfera un vago esplendor de flores cautivas, yerbas quemadas, alientos lejanos de pinar, ráfagas inocentes que expanden momentáneamente sobre la ciudad el aroma de la arboleda y de las vegas.

Jacinto atesora en un instante ese aroma fluido que le libera de la salpicadura de los legajos, del polvoriento goteo de los expedientes, amordazados por los balduques en las destartaladas estanterías. Y avanza pegado a las aceras, vertiginoso sobre el desnudo riel de los bordillos, dispuesto a sobrevolar las esquinas con el fantasmal apresuramiento de quien está convencido de llegar tarde.

Antes, por el túnel del Archivo, donde se respira el vaho cotidiano de las apolilladas singladuras administrativas y los siglos apilan sus contenciosas efemérides entre las ruinas de las pilastras consistoriales, la sabandija era una ameba, cuyos seudópodos rastreaban cansados y ciegos el informe laberinto.

Sería el último en llegar a la azotea de Chon Orallo, donde la Cofradía iba a reunirse atendiendo a una invitación culinaria de Ovidio, el hermano de Chon, que había prometido una lujuriosa cazuela de ancas de rana. Siempre Jacinto contrariaba los cálculos del tiempo, temeroso y olvidadizo

de citas y horarios, como si la vida subterránea del Archivo marcara un ritmo ajeno a todo: la cadencia impasible de aquel tiempo que allí se almacenaba, invasor e irremediable para los servidores.

Era preciso coronar los tres pisos del fúnebre caserón, alzado en la línea de la muralla donde se truncaba el riel del bordillo, que el abuelo de los Orallo reconstruyera con menos dinero del debido, al regreso de sus correrías mexicanas, ahuyentando a los viejos inquilinos para dar guarida a los herederos. Y ascender luego al abuhardillado refugio por el tramo suelto de la escalera, que se agarraba como el sendero a la cumbre. Una bombilla colgaba la desnuda miseria en el limitado rellano final, y el mugriento lucernario colaba a duras penas las cenitales lumbres del oscurecer.

Jacinto Sariegos llegaba, irremisiblemente condenado a excusar su tardanza sin que nadie le diese crédito, pero como el mensajero a quien apura la noticia y desea alargar el momento de comunicarla, amparándose en acrecentar su valor y efecto. Golpeó la puerta de la buhardilla considerando un instante la rapada suciedad del puño de su camisa, y la veloz imagen de su difunta madre cruzó hacendosa el pasillo de su memoria.

—Están en ello —dijo el mensajero, con el gesto aturdido de quien da cuenta de una avería sin sustraerse a la sospecha de haberla provocado—. O nos metieron un submarino o algunos nos fuimos de la lengua —confirmó, exagerando la consternación.

Chon Orallo mantenía la puerta abierta y le observaba con el menosprecio de quien no admite justificaciones.

—Las ancas se ponen tiasas —declaró, colérica—. ¿No hay modo de que por una vez seas puntual?

—Uno anda por ahí laborando para la causa, gastando saliva y medias suelas —protestó Jacinto, aspirando sin entusiasmo el aroma que llenaba la buhardilla—. ¿Están todos?

—Paco y Benuza ya se comieron media hogaza y van por la segunda botella.

De la cocina, incrustada como un oscuro agujero donde la loma del tejado rozaba el suelo en su declive, con las vigas mullendo a duras penas aquella deformada caída, manaba un humo ralo, que ascendía lamiendo el marco de la puerta

desvencijada. Ovidio Orallo asomó envuelto en un riguroso mandil, remangada la camisa y salpicada la cara de sudor y pimentón. Alzó la mano con el cucharón de madera a modo de enseña.

—Ave, Jacintín, ya los batracios anuros² crepitan y borbo-llonea la cazuela. Si me tardas cinco minutos, se me derriten las extremidades. Anda, Chonina, avisa que voy.

La brisa del oscurecer traía a la azotea la fresca humedad de las vegas, apenas difuminadas en la línea de las choperas que escoltaban el río, desde el límite perdido del barrio, que apiñaba su mole como un envejecido enjambre alrededor de la catedral. Las blancas agujas góticas crecían como dos cipreses de piedra sobre los tejados³.

—Al fin, Sariegos —exclamó Paco Bodes, elevando los brazos con el suspiro del que ve cumplida la penitencia.

Los reunidos rechazaron el saludo exculpatorio del mensajero, que abrió cohibido una silla de tijera para acercarse a la mesa.

—Pues ya estamos la totalidad —aseguró enseguida don Florín—. Y como siempre, y para tales ocasiones, no estaría de más comenzar brindando a la memoria de Nuestro Padre Gerónides⁴.

—Sí —reafirmó Ángel Benuza llenando los vasos vacíos—, que sea la beoda santidad de Nuestro Padre quien ilumine nuestros cuerpos astrales, y especialmente en estas circunstancias, cuando nos disponemos a cometer un sacrilegio mitológico.

—Esperar a que venga Ovidio —exigió Chon.

² *anuro*: batracio de cuatro extremidades que carece de cola, como la rana y el sapo.

³ Alusión inequívoca a la catedral de León. Aunque la novela recrea una ciudad probablemente más pequeña, presenta de forma figurada lugares y edificios que recuerdan a los de León. Por ejemplo, la Plaza Mayor o los Cubos de la Muralla.

⁴ *Nuestro Padre Gerónides*: personaje de carácter mítico a cuya advocación se acogen los cofrades. Un antecedente suyo es sin duda Genarín, mítico vagabundo borrachín, muy popular en León, cuyos seguidores forman también una excéntrica cofradía y celebran una procesión regada de orujo el Jueves Santo de cada año. Su historia la cuenta Julio Llamazares en su libro *El entierro de Genarín* (1984).

—Vamos, Chonina, déjanos libar este rascante clarete, no nos pongas condiciones —pidió Paco.

Todos menos Benjamín Otero, el sobrino de don Florín, bebieron secundando el brindis. El muchacho hacía una bola entre la yema de los dedos con la miga de la hogaza, y mantenía esa tímida actitud del monaguillo al que le tiemblan las vinajeras.

—Chamín —dijo su tío colocando la servilleta al cuello—, no te tomes al pie de la letra los consejos del galeno, y no olvides que un convaleciente ya no es un enfermo.

—La salud se esponja en la mesa y, por supuesto, en el lecho —opinó Paco Bodes— yantar y ayuntarse, según la preclara lírica del Arcipreste⁵.

Se aplacaban los cofrades esperando la cazuela, con esa sopesada expectativa del caminante que da por cierto el refugio final, la morada reparadora. Alrededor de la mesa la calva de don Florín resplandecía amoratada por las lociones experimentales, acaso excedidas en los últimos días, y el lobanillo de Paco Bodes fulguraba embadurnado con el ungüento amaracino⁶. Ángel Benuza acarició la perilla liberando un pelo caduco que dejó caer como un mosquito muerto.

—Nuestro Padre Gerónides —dijo— y su nombre sea por siempre alabado, de quien tu tío Floro, Paco, Aquilino Rabanal y un servidor, somos evangelistas, exhortaba, querido Chamín, como signo de salud y bienestar, a la mística conjunción del lupanar y la taberna. La saya de Afrodita y el laurel de Baco⁷.

⁵ Se trata de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, y de una clara referencia a la estrofa 71 del *Libro de Buen Amor*:

Como dize Aristóteles, cosa es verdadera,
el mundo por dos cosas trabaja: la primera,
por aver mantenençia; la otra cosa era
por aver juntamiento con fenbra plazertera.

⁶ *ungüento amaracino*: medicamento cuyo principal ingrediente es la mejorana, hierba de olor muy agradable que se usa en medicina como antiespasmódica.

⁷ Tanto Gerónides como Genarín se caracterizan por su bohemia prostibularia y alcohólica. De ahí que la cofradía tenga como rito la conjunción del lupanar y la taberna, de Afrodita, diosa del amor, y de Baco, dios del vino.

—Afrodita, Afrodita —terció Chon Orallo, que colocaba el salvamanteles para la cazuela que Ovidio anunciaba a grandes voces desde la cocina—, la soez obsesión de ese guarnicionero⁸ carcamal que fue Gerónides. No les hagas caso, Chamín. Hay un principio femenino que impera sobre tanta manipulación y basura. Isis⁹ es el auténtico símbolo, y estos rijosos lo saben. La diosa madre, el poder mágico supremo.

—No desbarres, Chonina, no vengas a mezclarnos el Nilo con el Garaño. Y un respeto a Nuestro Padre —pidió Bodes.

—Me sacáis de quicio, no lo puedo remediar. Toda esta estúpida glorificación patriarcalista del lupanar y la taberna. ¿Qué mística conjunción ni qué ocho cuartos?

—Isis, querida amiga —explicó Benuza con la complacencia de un fraile en la conferencia cuaresmal—, es la diosa madre, eso nadie que tenga dos dedos de frente va a negártelo. Afrodita a su lado, una bagatela. Y está claro que por haber triunfado sobre la muerte, pudo devolverle la vida a su esposo Osiris, cuando éste se cayó del Panteón y quedó despedazado entre las aguas del Nilo. Ella recogió uno a uno sus trocitos. Pero al final, ¿qué es lo que le faltaba? Pues lo más importante, la pieza imprescindible, ese adminículo donde Osiris tenía el poder y la fuerza, como todo varón que se precie. El miembro.

—El cuerno del perchero de donde siempre cuelga vuestra sucia imaginación.

—Lo que tú digas, Chonina, pero Isis buscó como una loca ese sagrado instrumento, ese cetro magnético, que precisamente se había tragado un pez. Y no era un interés meramente simbólico el de la diosa madre, claro que no, era un interés genésico¹⁰.

⁸ *guarnicionero*: el que hace o vende guarniciones para caballerías, es decir, corrajes y otros efectos para que las caballerías tiren de los carros.

⁹ *Isis*: diosa madre y máxima divinidad femenina del antiguo Egipto. El culto de Isis fue muy popular y está ligado al mito de su esposo Osiris. Como se explica a continuación, tras la muerte de éste, Isis buscó su cuerpo, lo resucitó y engendró a Horus, concebido de Osiris difunto.

¹⁰ *genésico*: relativo a la generación o al engendramiento.

—Mira, Benuza, lo que de veras me gustaría saber es lo que hubiese sucedido si el pez, cosa nada difícil, hubiera picado el anzuelo de algún furtivo.

—Hija, no tengo yo hoy el cuerpo para especulaciones teológicas del tal voltaje.

—Mejor será —apuntó don Florín, que manoseaba nervioso la servilleta— pedirle a Isis que, al menos, a nosotros, por siempre nos libre de parecidos eventos.

Ovidio Orallo mostró la enorme cazuela, donde las ancas naufragaban en un mar crepitante. Algunas gozosas exclamaciones confirmaron el fervor de los cofrades. En la azotea, el eco de la charca, algo tan real o tan ficticio como todos los ecos sostenidos en la resonancia del oscurecer, fue de repente, como un ambiguo y molesto recuerdo para la sabandija mensajera. Sariegos era el último y el más remiso en admirar las alabadas extremidades.

—Una metáfora aproximada —dijo Paco Bodes, aspirando el aroma y observando glotón el naufragio— podría ser: pálidos muslos de verdes ninfas en el bullicio del pimentón.

Ovidio se había quitado el mandil y se sentaba al lado de los comensales, dispuesto a seguir comprobando el éxito de su guiso.

—Lo más chocante es que el cocinero no pruebe bocado —dijo Jacinto, descargando sin entusiasmo el cucharón en su plato.

—Manías —confirmó Chon—, escrúpulos y manías.

—Me gusta pescarlas y prepararlas, pero reconozco que después no me tientan —confesó Ovidio.

—A mí —dijo Jacinto— lo que no me agrada, es pensar en ellas mientras las como. Una rana siempre tiene esa cosa rara, como de otro mundo.

—Nada, tonterías —opinó don Florín—; por deformación profesional, yo sería el más indicado para ponerlas en cuarentena, y ni caso. La prueba de la rana, una putada enorme para estos batracios inocentes, no me las hace menos apetitosas, y que conste, Ovidio, que estas ancas son superiores. Vaya tamaño.

—Están pescadas en la Charca de Cantarín, donde el regato.

—Lo problemático del banquete —dijo Ángel Benuza,

limpiándose la boca con la servilleta y sirviendo vino— es esa dimensión que tiene de sacrilegio mitológico. Bueno, problemático o emblemático. Hilando con lo que decíamos antes, Chonina, la rana era precisamente el atributo de la diosa Harit¹¹, que fue quien le echó una mano a Isis para resucitar y recomponer al descuartizado Osiris.

—A mí es que no me gusta pensar en ellas —observó Jacinto.

—Son unos seres —continuó Ángel, mondando hábilmente las ancas de su plato— lunares, representativos de la transición entre la tierra y el agua, y tienen ese destello ominoso, ese repelús, tan propio de animales de sangre fría.

—Pero el sacrilegio, Angelín, no parece preocuparte mucho —dijo Paco Bodes—, limas de tal modo que al paso que llevas vas a dejarnos a los demás a dos velas.

—El sacrilegio mitológico es un concepto que no tiene nada que ver con el cristiano. Yo lo cometo con plena conciencia de exaltación y festividad, sin mediatizaciones punitivas. El sacrilego es una especie de depredador venturoso.

—Te pierde la labia, Benuza —opinó Chon Orallo.

—Más me pierde el meneo de las hembras pecadoras, que son las que más me gustan —contestó molesto—. Y también esta salsa afrodisíaca que puede llevarnos a todos a la *debacle*¹². A ti también, Chonina, por mucho que te hagas la estrecha.

—Hay que felicitarte muy seriamente, Ovidio —dijo don Florín, cargando de nuevo el cucharón en la cazuela—. Chamín, acerca el plato, que esto es fundamental para reponer energías.

—No voy a poder terminar lo que tengo.

—Vamos, muchacho—le animó Paco Bodes.

—Están muy buenas pero demasiado fuertes.

—Es que no bebes.

¹¹ *Harit* (o *Hari*): nombre con que se conoce también a Visnú, divinidad hindú que expresa el principio de amor cósmico y con Brahma y Siva constituye la *Trimurti*.

¹² *debacle*: palabra francesa que significa *desbandada* y que en español ha dado lugar a una expresión popular usada para indicar el final o el resultado desastroso de algo.

—Dejarlo en paz —pidió Chon Orallo—. Chamín ya sabe gobernarse. Para mí, Ovidio, se te fue la guindilla.

—Yo no estoy de acuerdo —dijo Benuza—; en el pimentón y en la guindilla está la ciencia de este guiso.

—Yo coincido con Ángel —afirmó Paco—; además, con la guindilla conviene excederse siempre un pelín, lo justo para que se encienda la llama aromática. Nunca podré acordarme de una Oda a la Guindilla que escribí hace unos años. Uno de aquellos poemas que Aurelia Lucillo me tiró por el retrete.

Se alzaba la azotea con el desnudo paramento de ladrillos sobre el declive de los tejados, deformes en las abigarradas variaciones de hundimientos y colinas, oscurecidas las tejas por el humo de la antigüedad. Era como el recortado puente de mando de un raro navío, anclado en aquel mar de agolpadas techumbres.

Una cresta rojiza y destartalada amparaba la zona donde Ovidio Orallo almacenaba los artilugios de su taller, los cuadros y las llantas de algunas bicicletas colgados de la pared, los piñones, sillines, catalinas y guardabarros amontonados bajo el banco de trabajo. Los afanes ciclistas de Ovidio, diluidos en algunas lejanas y juveniles carreras, de las que apenas quedaba el recuerdo de una copa abollada y la borrosa fotografía de un apurado triunfo en la meta, habían derivado en su afición de mecánico, armador cuidadoso de bicicletas híbridas y experto en niquelados y pinturas al duco¹³.

—Bueno, Jacinto —dijo don Florín cuando Chon retiraba la cazuela, en la que ya no podían ni apreciarse los restos del naufragio—, algo tendrá que contarnos.

El mensajero dejó el vaso vacío en la mesa y suspendió el gesto de alcanzar la botella más cercana. El circuito de sus pesquisas era mucho menos complicado que el laberinto del Archivo, donde las resmas y los anaqueles trenzaban los abigarrados espacios de aquella subterránea fosilización, donde transcurrían tantas horas de su vida.

¹³ *pintura al duco*: la que se hace en objetos delicados con pinturas preparadas con piroxilina, una pólvora hecha con algodón impregnado en ácido nítrico y sulfúrico.

—Hice lo que quedamos —aseguró, observando a los ya atentos cofrades—. Al llegar se lo comentaba a Chon: estar, están en ello, no cabe duda. Y o es mucha casualidad o de aquí se filtró.

—Vete al grano y no saques todavía conclusiones —le indicó Chon—, que eres muy dado a aventurar más de la cuenta.

—Lo que sospechábamos se confirma. Pacho Robla estuvo hablando de don José María Lumajo ayer mismo en la tertulia del Nacional. Es el tema que se trae con sus amigos del Casino, con Iruela y con Llombera y con Juanito Garfín. Lo que dijo Melendres es verdad.

—¿Y qué dijo Melendres? Para mí que nos estamos preocupando demasiado —repuso Paco Bodes—. ¿Es tan sospechosa y tan absurda la coincidencia? La figura de don José María ahí está, de nadie es patrimonio exclusivo.

—Ya —afirmó don Florín—, pero no vayamos a pecar de ingenuos. No deja de ser curioso que ahora, cuando estamos llegando a algunas conclusiones, y con la investigación de Aquilino muy avanzada, veamos a Pacho y a los suyos interesados en el ilustre presbítero. ¿Desde cuándo ni se habla ni se escribe por ahí de don José María?

—De cualquier modo, no veo razones para pensar que alguno se haya ido de la lengua. Y la casualidad tampoco debe descartarse. Pacho Robla anda con lo de la protohistoria a cuestras, y no me digáis que por esos vericuetos no tiene que tocar la obra del ilustre presbítero. ¿Qué veis de raro en ello?

—Uno lo que ve es al adusto coronel retirado —dijo Benuza— con la protohistórica chimenea de su cerebro echando un humo pestilente. Mala racha para el patrimonio histórico provincial el día que el obús le llevó sus partes, en vez de desarbolarle las meninges.

—Si dejarais que éste —intervino Chon— contase lo que tiene que contar, si es que lo tiene, que lo dudo.

Jacinto Sariegos alcanzó la botella y cuando fue a servirse comprobó que estaba vacía. Los rimeros abultaban como granos llenos de escamas por los túneles del laberinto. De las mohosas floraciones que carcomían el papel timbrado y de los quebradizos esqueletos de los expedientes de ruina surgía un tufo de pretéritas profundidades, que en el más imprevi-

to instante regresaba a su nariz, como el persistente recuerdo de una emanación funeral.

—Os repito —aclaró— que Melendres estuvo en la tertulia del Nacional y el tema de ayer fue don José María, igual que la otra tarde en el Casino. Pacho mencionó unas cartas del presbítero que, al parecer, dan muchos datos, muchas referencias de lo que se le quemó en el incendio de su casa de la Plaza Mayor. Una correspondencia que mantuvo con alguien dos o tres años antes de morir.

—Ay, amigo, pues eso sí que es importante —confirmó Paco Bodes—, eso nos sitúa ahora mismo, después de tanto bregar, por debajo de la línea de flotación. Menudo descubrimiento.

—Un año laborando y, de pronto, el mismo asunto aparece en manos del coronel y de los suyos.

—Tampoco sabemos si es el mismo asunto —aclaró don Florín—. No estamos precisamente nosotros por lo de la protohistoria. Chonina, yo te rogaría una cosa, y perdona que abusemos: si algo te queda de aquel orujo con guindas, dadas las circunstancias, no nos vendría mal una copa.

—Del de guindas no queda ni gota —informó Ovidio—, pero sí hay media botella de marrasquino¹⁴, si no está apollada.

—Tráela, que nos arriesgamos —decidió Paco.

—Tú estáte quieto —ordenó Chon a su hermano—. Vais a conformaros con un café. Contar las botellas de vino vacías y decirme si no está ya bien.

—Chonina, lo malo de ti —opinó Ángel Benuza— es ese gas que te gastas. ¿No hay piedad para los gaznates secos en el templo de Isis?

Chon Orallo fue a la cocina después de indicarle a Ovidio que pusiese los pocillos.

—Necesitamos más información —concluyó don Florín—. ¿De dónde procede esa correspondencia, quién la tiene? Imaginaros que el presbítero habla en ella del Manuscrito de La Omañona, que cuenta algo de la Fuente.

¹⁴ *marrasquino*: licor que se obtiene con zumo de cierta variedad de cerezas amargas y al que se añade gran cantidad de azúcar.

—El asunto ahí está —señaló Jacinto— y algo habrá por el medio. Si aquí ninguno nos fuimos de la lengua.

—De la lengua no se ha ido nadie, Jacintín —confirmó Benuza—. No somos unos cantamañanas, y nada tenemos que rascar con esa secta menopáusica del Casino. Hay que sonsacar más a Melendres.

—Pues a partir de estas horas, en el Capudre lo tenemos, con la Peña de los Lisiados.

—No cojas carrera, que viene Chon con el puchero.

—Y con un poco de vista le sacamos el marrasquino.

Chon Orallo sirvió el café llenando con mucho cuidado los pocillos.

—Entonces, ¿qué se decide? —preguntó.

—Se decide afinar la vigilancia y recabar más información —le contestó don Florín.

—Oye, Chonina —dijo Benuza—, este café de puchero no hay quien lo mejore.

—Pues, mira, tiene más achicoria¹⁵ que otra cosa.

—Doble virtud.

—Está que pide a gritos el colofón del aguardiente —insinuó Paco Bodes—. Justo el privilegio de los cafés hechos a conciencia.

Chon observó a los cofrades, que removían los pocillos exagerando el gesto admirativo.

—Anda, anda, Ovidio —ordenó—, dales ese matarratas.

Según se adensaba el oscurecer, la humedad de las vegas parecía hacerse más cercana. Ascendía el aliento del ejido con el frescor vegetal de los prados y las huertas. El río se había perdido en la línea de las choperas, como una serpiente que se oculta entre las zarzas. Por las torres de la catedral merodeaban los últimos grajos antes de cobijarse entre las piedras.

Los cofrades apuraron aquel licor exótico, degustando el polvoriento sabor de las cerezas amargas. En el puente de mando de la azotea la brisa contagiaba ese apacible rumor de

¹⁵ *achicoria*: producto que se extrae de una planta de raíces y hojas amargas llamada así y que se emplea para falsificar el café o como sucedáneo suyo. Se consumió mucho en España a mediados de siglo, época en que se desarrolla la novela.

un mar de junio, como si en el oleaje de los tejados se desprendiese un murmullo de peces, una salpicadura de escamas y de briznas.

—Aquilino —dijo don Florín— no va a llegar hasta el martes o el miércoles. Operan a una sobrina. Esto de la correspondencia de don José María va a pillarle desprevenido. Hay que moverse, no queda más remedio. Yo traía por aquí unos papeles para que hagamos un repaso. Lo primero a decidir son las fechas de la expedición. A él, una vez que esté en La Omañona, cualquiera le da lo mismo, pero lógicamente hay que fijarlas con tiempo, y hay que ultimar los preparativos.

—Siempre se habló de la segunda semana de julio —dijo Jacinto.

—Pues si nadie tiene inconveniente, podemos darla por buena. Tú, Chonina, ¿qué dices?

—Digo lo que dije: que voy. Y cuando decido una cosa ya no me vuelvo atrás, no seáis pesados. En el Instituto acabo a finales de mes, y los alumnos libres que me quedan no me duran día y medio, ni siquiera hay que darles cuerda para que se ahorquen.

—Así me gusta —corroboró Benuza, que se entretenía descifrando la borrosa etiqueta de la botella de marrasquino—. No olvidemos que en el Mágico Manantial conviene que beba primero alguna hija de Isis.

—Flamear de labios femeninos, en las aguas de siglos juveniles —recitó Paco Bodes—. Así canta Gaudencio Abrantes en el Deliquio de la Fontana¹⁶.

¹⁶ *Gaudencio Abrantes* y su *Deliquio de la Fontana*: se trata de un autor y de una obra apócrifos, al igual que Diódoro de Sagüera, Marcelario o el Beato de Turcia que cita en este mismo capítulo y otros autores u obras que aparecen a lo largo de la novela, como Sístulo Mendera (cap. 2), Publio Capistrano, el *bardo calabrés*, la *Luciérnaga Termópila* y el Abate Leticio (cap. 3), Orlando del Piemonte y el doctor Farnesio (cap. 6), Decencio Libelático y Horacio Aliste (cap. 7), Eutimio Gavela y Pisán (cap.8), el cenobita Criselio y el eremita Barrientos (cap. 9), Nicéforo, Roldán Benares, Celerio Alpino, Silvino y Eliodoro Dusantes (cap. 10), Sem Baruk, Emisario y Veronal (cap. 12) y el padre Vilarriño (cap. 14). Apócrifos son también muchos de los topónimos de los pueblos utilizados por el autor y otros como el río Bongo (cap. 8), el valle Manjarino y la mina La Furada (cap. 9), y el río Majarino (cap. 11). El gusto de Luis Mateo Díez por el apócrifo brinda ejemplos en todas sus obras, pero recuérdense como ejemplos emblemáticos las tituladas *Parnasillo provincial de poetas apócrifos* (1975) y *Apócrifo del clavel y la espina* (1977).

—Primero habrá de producirse el hallazgo —consideró don Florín con ciertas reservas.

—Todo confluye, Floro, hazme caso —continuó Benuza—. Hacia la delimitación del Itinerario hay un soterrado fluir del que somos piezas engarzadas, en mayor o menor grado. Los acontecimientos de esta búsqueda tienen un perímetro astrológico, una paralela cósmica. En esta empresa, ninguno nos la meneamos por capricho. Hay un impulso motriz hacia la virtud oculta de la Fuente. El mismo impulso que definía Diódoro de Sagüera como potencia del Imán Bullente.

El eco de la charca devolvió a la memoria de Jacinto Sariegos su ficticio concierto, como si la apesadumbrada imagen del Archivo fuese absurdamente invadida por el croar de las aguas espesas, desbordadas en los túneles del laberinto. La sabandija percibió un ácido disgusto en el estómago, la ingrata sensación de las ancas indigestas resucitadas entre el limo y los juncos. Quiso aliviar con un sorbo de licor aquel inclemente y peligroso agujero de la memoria.

—Hay datos —decía don Florín, observando los papeles que había extraído del bolsillo interior de la chaqueta— para vislumbrar, al menos, algunas direcciones, siguiendo, como hemos decidido, las Excursiones Arqueológicas de don José María. Si nos situáramos en la casona de Aquilino tal que un día a dormir, yo calculo por lo menos cinco jornadas completas. Tú, Jacinto, que conoces algo aquel terreno, puedes darnos una idea mejor.

—Eso tiene que ser Aquilino —confesó Sariegos, a punto de descubrir en el rostro de los cofrades el sinuoso gesto de los batracios anuros—. Yo conozco La Omañona, como quien dice, desde la ventanilla del coche de línea.

—Esas excursiones, ya lo hemos dicho muchas veces, son las que hay que reconstruir al detalle —opinó Chon Orallo—. Y no puede decirse que hayamos avanzado mucho.

—Bueno, con la investigación de Aquilino y con lo que modestamente uno ha contribuido, por supuesto que con la ayuda de todos —dijo Ángel Benuza—, ya se puede dibujar un plano, determinar el Itinerario básico. Lo difícil, desde luego, es atinar con exactitud con todas las trochas y veredas del presbítero. Pero, en fin, la expedición se organiza para ir

investigando sobre el terreno, y no va a faltarnos información directa que, a la postre, acabará siendo la mejor, no lo dudéis.

—Yo confío que el martes o el miércoles Aquilino nos traiga alguna novedad —indicó don Florín—. La entrevista en El Escorial con el padre Procopio, que tanto trabajo le ha costado concertar, puede ser importante.

—No nos hagamos ilusiones —dijo Benuza—. Ese agustino tiene la inteligencia averiada y el resentimiento en la faltriquera. El ilustre presbítero era para él un heterodoxo corajudo¹⁷. Abomina de su recuerdo, estáte seguro, y además le roe el cardenillo de la envidia. ¿Leísteis su último libro? *Conciencia y cruzada*, la soflama moral de una urraca tiñosa y nacionalsindicalista.

—Pero trató con don José María en los años cruciales, cuando el evento prodigioso.

—Estuvieron enzarzados en una de aquellas polémicas sobre el Mons Vindius¹⁸. Tenían un amigo común, el arcipreste de Salientinos, don Ulpiano, en cuya casa rectoral comieron juntos más de una vez.

—Truchas comerían —apuntó Ovidio—. Ese don Ulpiano fue el mayor furtivo de las riberas del Orugo. He oído yo contar que paseaba todas las tardes, con veda y sin ella, a la orilla del río, el breviario abierto en la mano izquierda y la escopeta cargada en la derecha. Y trucha de tamaño apropiado que veía, cartucho que te meto.

—Hombre, don Ulpiano Curueño, casi nadie —rememoró Paco Bodes—. Sus versos didascálicos sobre figuras cimieras de la historia patria, veinticinco mil alejandrinos con jardinera, van de Corocota y Viriato a Millán Astray y Mola¹⁹.

¹⁷ *corajudo*: colérico.

¹⁸ *Mons Vindius*: en el Monte Vindio tuvo lugar, según los historiadores, una de las tres importantes batallas entre los romanos y los cántabros en la época de Augusto. Se trata de una de las alturas más elevadas de los Picos de Europa en su vertiente leonesa y su localización y denominación actuales siguen siendo objeto de polémica, como se apunta en el texto.

¹⁹ Alude el texto, con ironía, a cuatro caudillos cimeros de la historia patria. *Corocota*, caudillo cántabro, luchó contra los ejércitos de Augusto. Se cuenta que, cuando se puso precio a su cabeza, él se presentó en Roma para reclamar el premio prometido a quien lo entregara. Ante su osadía, el emperador le per-

Lírica heroica y desparramada, la del arcipreste montaraz. Cuando uno empezaba, no era raro encontrar a don Ulpiano de jurado en las justas provinciales. Y poeta joven que olía, cartucho que te meto, como dice Ovidio de las truchas. Algún perdigón suyo me quedará a mí en el culo.

Entre el rumor de la brisa se desgranó un leve campanilleo, algo parecido a una señal de esquilas perdidas en la vega lejana.

El aleteo de los grajos se había extinguido y en la caja nocturna se diluían los ecos del barrio, como si las sombras esparcieran el silencio en su caída invasora.

—Aquilino algo saca —aseguró don Florín—. Veréis cómo sabe entendérselas con el padre Procopio.

—Mal se puede ordeñar un becerro —dijo Benuza.

El campanilleo se transformó en una salpicadura metálica, que arreciaba en las sombras cercanas, como un aviso que emergiera del oleaje de los tejados.

Chon Orallo dejó la bandeja, en la que recogía los pocillos, y se quedó escuchando progresivamente consternada, igual que quien oye la solitaria señal del leproso en el sendero del monte.

—Dorina —musitó, avanzando hacia el muro de la azotea, mientras el campanilleo crecía—. Anda, Ovidio, baja a avisar.

Los cofrades escucharon entonces el canto de una voz atiplada, que se elevaba sobre la llamada metálica, abierta en la penumbra de los tejados como un dulce grito musical en el abismo:

*Oíd, hermanitos,
la hora es llegada,
el mundo se acaba
según está escrito.*

donó la vida y le concedió una pensión. *Viriato*, caudillo de la resistencia lusitana frente a Roma, puso en peligro el dominio romano en la península, hasta que fue derrotado en el año 145 a.C. y traicionado y asesinado por sus propios jefes en el 139 a.C. *José Millán Astray*: militar español (1879-1954), después de participar en las guerras de Filipinas y Marruecos, fue nombrado jefe de la Legión española tras su fundación. *Emilio Mola*: general español (1887-1937), dirigió la sublevación militar del 18 de julio de 1936 y murió en un accidente de aviación por causas nunca aclaradas.

—Una inocente —informó Ángel Benuza, ante el gesto asombrado y curioso de Benjamín Otero—. La hija de Guisatecha, el teniente que vive abajo. Una hermosa doncella a quien los dioses privaron de la razón.

—Quédate ahí quieta, Dorina —gritaba imperativa Chon Orallo asomándose a la balaustrada. Ovidio había salido corriendo.

La voz ascendía con esa pletórica entonación de quien canta desde la altura del coro en una celebración sagrada. El techo nocturno ampliaba su resonancia, con el mismo acento patético y solemne que pudiese contenerla entre las naves góticas. Apenas el temblor metálico de la campanilla rasgaba esa dulzura melodiosa, vibrante y sostenida:

*Se acaban pesares,
dineros y famas,
se hundén los montes,
se secan las aguas.*

—Ahí tienes, Paco —dijo Benuza—, un buen ejemplo de la lírica originaria, la del juglar medieval, admonitorio y penitente.

Los cofrades acompañaron a Chon, que seguía pidiéndole a Dorina que no se moviese. La voz languidecía un instante para luego surcar, con un timbre más alto, las aéreas profundidades de la noche:

*En esta ciudad
la suerte está echada,
ni Alcalde, ni Obispo,
ni cura ni ama.
Ninguno que mande
salvarse se salva,
ni el Papa de Roma
ni Franco en España.
Moros y judíos
la misma calaña,
gabachos y rusos
tampoco se salvan.*

Por el declive del tejado aledaño, a la derecha de la azotea, avanzaba Dorina Guisatecha como una sonámbula extraviada en el peligro del abismo. Sus pies desnudos se deslizaban sobre el musgo de las tejas. El blanco camisón, que cubría su cuerpo menudo, ondeaba en la brisa como la débil enseña del buque fantasma. Llevaba en una mano la campanilla que batía entre sus cantinelas, y en la otra, el espadín de su padre, alzado con el gesto amenazador del ángel que portara la espada de fuego.

Caminó con seguro equilibrio, sin atender a las súplicas de Chon Orallo, hasta una chimenea. Sus largos cabellos se desmadejaban alargando su figura, desamparada y severa, en aquella cima, desde donde parecía contemplar el latido del mundo, la fronda ensoñada de todos los paisajes que el fuego arrasaría.

—Siéntate, siéntate ahí hasta que te cojan.

Apoyada en la chimenea comenzó a batir la campanilla con renovado estrépito. La llamada extendía un eco de afilados bronces, como si a su conjuro las campanas de todos los campanarios de la ciudad fuesen a tañer volteadas por alguna mano oculta.

—La inocencia la preserva —comentó Benuza—. Cualquiera de nosotros rodaría al primer paso. Ciertamente, la locura es un sueño virginal, un tránsito de lirios y de niebla.

Saliendo por una claraboya, el teniente Guisatecha se dirigió hacia su hija, con la vigilante soltura de quien repite una vez más el salvamento, ayudado por algunos vecinos. Llegó hasta Dorina, le quitó la campanilla y el espadín y avanzó con ella de la mano. La muchacha le seguía abatida, con ese gesto ausente de la princesa rescatada del sueño, que todavía parece extraviada en las brumas interiores.

—No entiendo cómo se les puede escapar —comentó Chon indignada.

—No van a atarla —dijo Paco Bodes.

—Esa doncella se evade guiada por el desatino de su castillo interior —dijo Ángel Benuza—. Pero es una fuerza mística la que la transporta como un blanco símbolo a las alturas. Y es que más allá de la razón están el olimpo y el mito, no olvidemos la frase de Marcelario.

Los cofrades regresaron a la mesa cuando el teniente Guisatecha entregaba a Dorina a su madre, que clamaba asomando histérica por la claraboya, y la campanilla, desprendida en un descuido, rodaba tejas abajo.

—Bueno —dijo don Florín—. Si Ovidio no prepara otra cazuela ni Chon nos ofrece otra copa, aquí ya nos dieron las diez últimas.

—Por mí, las diez y las veinte —señaló la aludida, que volvía a recoger los pocillos en la bandeja.

—A Melendres podemos pillarle en el Capudre —recordó Jacinto—. Si queréis tirarle de la lengua.

—Todo lo que se pueda aclarar es importante —dijo don Florín—. Sólo nos faltaban Pacho y ese hatajo de zánganos; ya es castigo.

Ovidio Orallo llegó con la acelerada respiración de quien ha bajado y subido las escaleras ante un reclamo urgente.

—¿La acostaron? —le preguntó su hermana.

—No pueden. Está arrodillada en la cocina rezando por la consumación de los tiempos.

—El pronóstico viene de una inocente —consideró Benúza—, y si uno no fuese tan descreído, no le haría oídos sordos. Lo que pasa es que uno, después de tanto rodar, sintoniza más con la traca Apocalíptica del Beato de Turcia, el Finis Deleitosis, que predice la disolución cósmica con un gran orgasmo multitudinario. Será la convergencia de, al menos, un quinto de la humanidad en ese punto y momento de trasposición venérea, lo que provoque una suerte de volatilización general. La extrema fuerza de un deleite compaginado en tan grandiosa coincidencia, como sublimatio²⁰ desintegradora y feliz. Ese sí que me parece un espléndido destino apocalíptico, una gran traca seminal y, desde luego, un definitivo acto de justicia para nuestra baquetada y contingente condición.

—No sería malo, no —confirmó don Florín—. Al menos

²⁰ *sublimatio*: latinización vulgar del castellano *sublimación*. Su ironía es evidente dentro del contexto erótico en que se inscribe.

resulta un vaticinio consolador, lejos de esas negras tintas del temblor de dientes y el crujir de huesos²¹.

—Todo es una metáfora —musitó Paco Bodes, cuya mirada se perdía por un momento más allá del confín de la azotea, donde el mar de la noche inundaba la ciudad.

²¹ *temblor de dientes y crujir de huesos*: alusión al infierno, con variantes, de la frase bíblica «serán arrojados a las tinieblas exteriores donde habrá llanto y crujir de dientes» (Mateo, 8, 12; 13, 42; 22, 13; y 25, 30).